

Beatrice Masini

# Maisie



y la estrella de Leonardo







Maisie



Título original: *Maisie e la stella di Leonardo*

1.ª edición: marzo de 2016

© Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia, 2015  
International Rights © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia  
foreignrights@atlantyca.it - www.atlantyca.com  
© De la edición original: RCS Libri S.p.A., Milán, 2015  
Publicado por primera vez por Fabbri Editori, 2015  
www.fabbrieditori.eu

© De la traducción: Marinella Terzi, 2016  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Color de ilustraciones: Cecilia Giumento

ISBN: 978-84-698-0913-6  
Depósito legal: M. 38839-2015  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

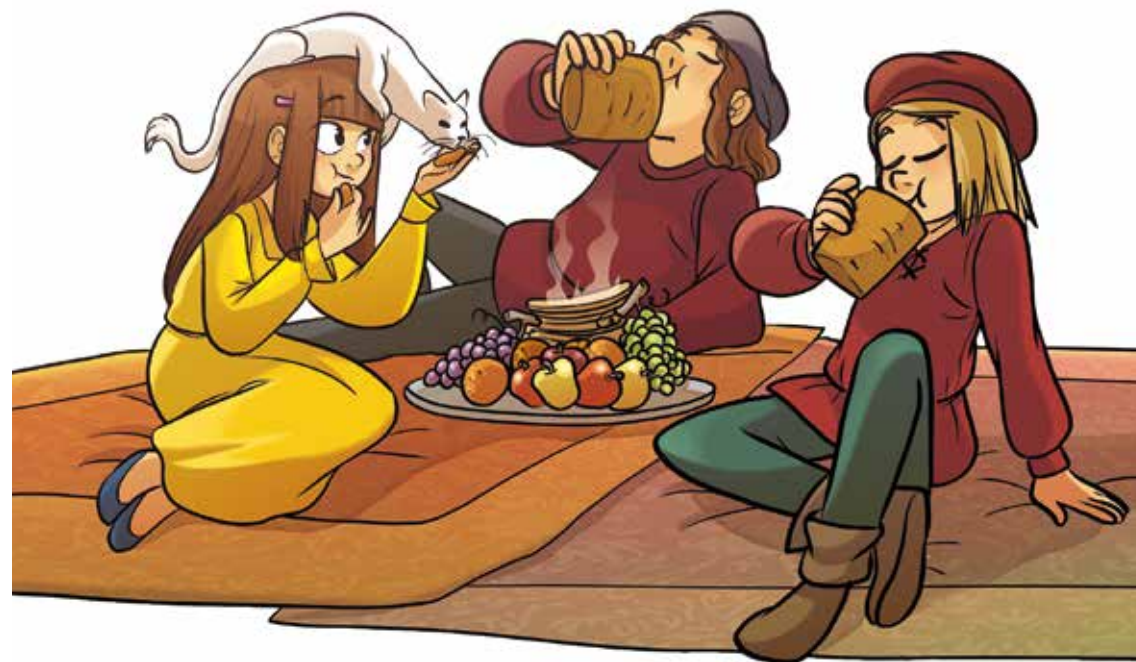
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Beatrice Masini

# Maisie y la estrella de Leonardo

Ilustraciones de Antonello Dalena

Traducción de Marinella Terzi



ANAYA

## LA MAGIA DEL TIEMPO

*Cuando se dice que una persona pierde el tiempo, no es un cumplido. Al contrario. No para quien piensa que el tiempo es oro.*

*Y es verdad que es importante emplear bien el tiempo, aunque no sea oro, justamente porque no es oro. Es algo mucho más valioso.*

*Hay quien considera que los soñadores, las personas dotadas de gran imaginación o aquellas que se concentran mucho en las cosas pequeñas pierden el tiempo.*

*Pero mucho del tiempo que en apariencia se pierde —se agota, se desvanece— se transforma en algo distinto.*

*«Perdiendo tiempo» se descubren cosas y se responden preguntas. Se viaja con la cabeza y con el corazón.*

*Y eso, Maisie lo sabe de sobra.*

*Porque, gracias a su reloj, que funciona al revés, ella no pierde el tiempo: lo atrapa, incluso aquel que sucedió mucho antes de que ella naciera, y lo hace suyo. Vive cosas que otros no vivirán jamás.*

*Para Maisie es una manera como otra de pasar el tiempo, como jugar con sus amigos, o leer, o hacer los deberes. En ningún caso es tiempo perdido: siempre es tiempo aprovechado.*



—¿Y ahora adónde vamos?

Maisie alisó el plano de la ciudad sobre el pretil del puente.

El rumor del río la obligaba a hablar en voz alta, casi gritando.

—Estamos aquí —dijo con seguridad, señalando con el índice la línea azul que indicaba el río—, y si queremos ver la iglesia de la Santa Cruz tenemos que ir aquí. —Su dedo recorrió un pequeño trecho del mapa—. Pero preferiría acabar aquí —y deslizó el dedo hasta una gran mancha verde.

—Buena idea —aprobó la abuela Pen—, pero nuestros pies no nos llevarán hasta allí. Son esas colinas —y fijó la vista en las lomas azuladas que enmarcaban el paisaje—. Mañana podríamos alquilar un coche. Pero ¿a qué viene este cambio de programa?

—Estoy un poco cansada, abuela —dijo Maisie con sinceridad.

—Estupendo: tú eres una niña y estás cansada y yo, que no es que sea vieja, pero bueno... —y torció la cabeza en un gesto de lo más gracioso—, caminaría horas y horas.

—Yo también, si es por eso —dijo Maisie—. Es la gente la que me cansa. —Señaló la cola de personas que se apelotonaba bajo los tres arcos del Puente Viejo. Se movían lentamente, como enjambres de robots a cámara lenta—. Tanto codazo, tantos pies con los que tropezar. Es demasiado. No se puede ver nada, siempre hay que hacer cola, hacer lo mismo que los demás, o meterse por algún hueco. Es tan agotador que acabas olvidando el motivo por el que estás aquí.

—¿Que es? —preguntó la abuela.

—*La belleza*. —Maisie suspiró. Una semana en Florencia: un regalo precioso, de esos que tanto le gustaban, los regalos «sin ninguna razón concreta» que la abuela Pen hacía siempre inesperadamente, sin vincularlos a ocasiones determinadas, buenas notas, vacaciones o cumpleaños.



Pero no se imaginaba que tendría que vérselas con una multitud de turistas. Cada visita significaba una larga espera, un sinfín de codazos, una lucha cuerpo a cuerpo. Realmente se sentía confundida y aturdida, y le daba la

impresión de que su cabeza no había registrado nada de todo lo visto. O puede que lo hubiera visto, pero tal vez no lo habría sabido mirar. Y no le quedaba ni la posibilidad de compensarlo con las fotografías, la abuela Pen se lo decía desde pequeña: «Si te gusta una cosa, obsérvala y llévatela a casa en tu memoria, la cámara fotográfica no puede sustituir a tus ojos». Solo faltaba que empezara a disparar sin

parar, con la nariz pegada al objetivo, como hacían algunos visitantes venidos de muy lejos: bajaban de sus autobuses, *clic clic clic* a la derecha, *clic clic clic* a la izquierda, foto de grupo final y adiós muy buenas, a un nuevo destino que malgastar a la misma velocidad. No, ella y la abuela Pen no eran turistas. Eran viajeras solitarias. Era tan bonito estar a solas.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la abuela la miró y le dijo:

—No se puede ser egoísta con la belleza, Maisie. Todos tienen el mismo derecho que nosotras a pasear, mirar, disfrutar. ¿No te parece?

—Sí, pero no hace falta que lo hagamos todos a la vez.

—Es que la ciudad es pequeña, y hay mucha gente. Vienen de todo el mundo para deleitarse con esta maravilla, para ver con sus propios ojos la ciudad donde tantos siglos atrás nació una nueva forma de hacer arte, el corazón del Renacimiento. Igual tienen pocos días, pocas horas. Tratan de hacer todo lo que pueden.

Maisie permaneció en silencio. Comprendía cuándo su abuela tenía razón y no había motivo para replicarla.

«Es cierto: la belleza no es propiedad de nadie», pensó. «Pero si solo por un momento se pudiera ver la ciudad algo más vacía. Tal como debía de ser antes de que inventaran a los turistas. En el tiempo de Miguel Ángel. O de ese otro genio, ese que sabía hacer de todo, desde máquinas a música y estatuas...».

Sopló para apartarse el flequillo de la frente y se rasgó la muñeca. La correa del reloj le molestaba. Demasiado apretada, tal vez. Sería culpa del calor, de la gente, de todo, pero se sentía extenuada, como un trapo, como un papel arrugado. Como ese justamente, ese que revoloteaba hacia ella. Lo siguió con la mirada y, cuando el aire lo aproximó, tendió la mano para cogerlo.

—¿Qué haces, Maisie? Es un papel sucio, déjalo —dijo la abuela Pen automáticamente. Era una abuela especial, pero en según qué cosas podía ser muy normal.

—Lo he cogido para tirarlo... Pero mira qué bonito, abuela —dijo Maisie, alisando la hoja antes de mostrársela. Tenía la foto de un cuadro: una mesa puesta bajo dos arcos, y un grupo de hombres sentados.





—*El Cenáculo de Ognisanti* —leyó la abuela Pen—. Está a trasmano, al otro lado con respecto al centro. Tal vez no esté tan lleno como todo lo demás. ¿Quieres que vayamos?

—Enseguida —dijo Maisie.

La idea de dejar atrás todo aquel caos la revitalizó de inmediato. Dobló el plano —había uno muy sencillo dibujado en el folleto— y siguió a la abuela, que ya caminaba por la estrecha acera del puente con la expresión de quien sabe adónde va. Tras unos diez minutos, se detuvo frente a un pequeño portón.

—Hemos llegado —dijo con una sonrisa.

Entraron. Después del sol de la calle, la penumbra del pequeño claustro rezumaba frescor y oscuridad. Un joven fraile estaba inclinado ante un arbusto, ocupado en cortar unas flores mustias.

—Pero qué rosas tan bonitas. Tengo que preguntarle cómo se llaman. —La abuela Pen se dirigió hacia el parterre verde rodeado de columnas—. Tú entra, así descansas un poco. Enseguida me reúno contigo —dijo a su nieta, señalando una puertecita en la esquina.

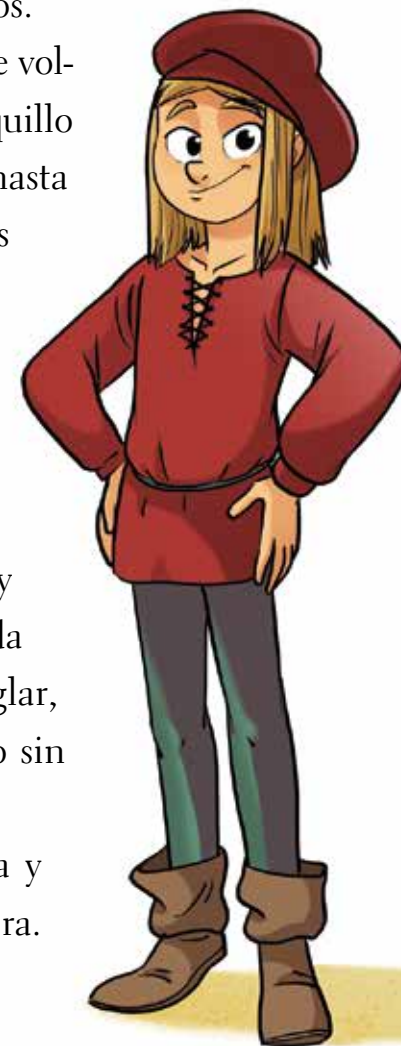
Maisie hizo lo que le dijeron y se encontró frente a la pintura al fresco del folleto. Era de Ghirlandaio; se lo había dicho su abuela mientras caminaban, y había añadido alguna que otra información más sobre la fecha y la vida del pintor. Pero más importante que saber esos datos era mirar. Y Maisie miró.

Volvió a rascarse la muñeca, que le picaba, sin apartar la vista del mantel con su elegante bordado, de los pájaros casi auténticos que parecían precipitarse sobre las cabezas de los apóstoles, del delicado ramito de flores metido en un jarrón.

—Es bonito, ¿verdad? Ofrece tal sentimiento de paz. Miras todos los detalles y te olvidas de lo que va a ocurrir. Casi parece una cena normalísima entre amigos.

Maisie dio un respingo y se volvió: a su lado estaba un chiquillo delgado, con el pelo largo hasta los hombros; sus ojos intensos la miraban como si quisieran leerle el pensamiento. Iba vestido de forma curiosa, con una especie de leotardos verdes metidos en unas botas anchas de cuero y una camisa sin botones atada con un cordón. Parecía un juglar, eso era. O un joven caballero sin caballo ni escudo ni armas.

Maisie esbozó una sonrisa y se corrigió: parecía lo que era. Un chico de otra época.



Pasó el dedo por la esfera del reloj de oro, una especie de caricia leve, y apenas lo sintió vibrar. Era un reloj raro para una niña. Un reloj valioso, pero aparentemente parado. Si Maisie lo hubiese mirado en aquel momento, habría visto cómo las manecillas volvían a la vida y comenzaban a girar al revés con un movimiento regular. Pero no hacía falta: sabía que estaba funcionando. Era un objeto prodigioso y raro, un regalo que había pasado de uno a otro en su familia, del abuelo a la abuela y, luego, a ella, y que volvía a funcionar solo de vez en cuando, cuando Maisie lo quería realmente; entonces le regalaba la respuesta a sus preguntas bajo la forma de una ocasión extraordinaria: un viaje hacia atrás en el tiempo.

La niña mandó un saludo mental a su abuela, que se había quedado en el futuro, allí en el claustro, con el fraile jardinero: estaba convencida de que no la vería en un rato.

# 2

Un  
LÁPIZ  
incansable

—Ah, así me gusta más —dijo Maisie satisfecha.

Estaban de nuevo asomados al pretil del puente, más o menos en el mismo sitio donde poco antes había atrapado al vuelo el folleto volador. Donde antes había casas y casas ahora se extendían amplios espacios verdes llenos de rebaños de ovejas. Ni ruido de motores ni frenazos o aceleraciones, nada de autobuses, coches o motos. Pero no había silencio: allí, un grupo de niños que gritaban y emitían esos extraños gemidos intermitentes que acompañan siempre a los juegos de pelota; allá abajo, en la orilla, las

# Maisie



Una niña curiosa.  
Una abuela algo extravagante.  
Un reloj mágico para viajar  
en el tiempo y conocer  
a los grandes de la historia  
de pequeños.



EN ESTA AVENTURA,  
MAISIE SE ENCUENTRA  
CON EL NIÑO LEONARDO  
DA VINCI



A PARTIR DE 8 AÑOS

ANAYA

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

